

La dramaturgia cuántica de Antonio César Morón

Francisco Morales Lomas

Es curioso que desde diversos géneros y con el nacimiento en Granada, en el momento actual existan tres escritores, pertenecientes además a tres generaciones distintas, que nos hablan de literatura cuántica. Nos referimos a Rafael Guillén, Gregorio Morales y Antonio César Morón. Poesía, narrativa y teatro nos permiten adentrarnos en una visión estética diferenciada en creadores que pertenecerían a la generación de 1950, 1980 y 2000 respectivamente.

Esto no quiere decir que exista el mismo horizonte teórico en ellos, porque las diferencias en los tres casos son significativas, pero sí los une la necesidad de manifestar estéticamente que el desarrollo de la ciencia y la teoría cuántica tienen una correspondencia general con la creación estética. Y para ello intentan entrar en ese mundo tan incomprensible muchas veces para el ciudadano medio, que lo ve más cerca de la magia y el encantamiento que de la realidad cotidiana, con intención de dilucidar los límites del pensamiento y de la sensibilidad o al menos de hacerlo más cercano.

La estética cuántica fue una corriente inaugurada por Gregorio Morales a finales de los años 90 en su obra *El cadáver de Balzac* (1998). Posteriormente se creó el Grupo de Estética Cuántica, compuesto por novelistas, poetas, pintores, cineastas, modelos, fotógrafos. Un precedente dramático es la obra teatral *Marilyn no es Monroe*, estrenada por la Compañía de Teatro Leído del Salón el 21 de febrero de 2011 en el teatro Caja Granada. Después se publicó el interesante ensayo *El mundo de la cultura cuántica* de Manuel J. Caro y John W. Murphy (Port-Royal Ediciones, Granada, 2003) donde se sistematizaba de un modo global este pensamiento.

Las dos obras del escritor y profesor granadino Antonio César Morón, *Elipses* y *El espejo más frío* no pertenecerían ambas a la estética cuántica. Sí la primera, *Elipses*, que plantea la trascendencia del desarrollo científico en nuestras vidas, pero no la segunda, *El espejo más frío*, que pertenecería al teatro psicológico-social y en el que lo vivido trágicamente por cualquier ser humano durante su vida puede ser elemento desencadenante de la autodestrucción. Ambas obras, publicadas en la prestigiosa Editorial Fundamentos, van precedidas de un inteligente y exhaustivo estudio de la profesora Teresa López-Pellisa.

Elipses es dramaturgia de ciencia-ficción en una línea que en España viene de 1909 con Pérez de Ayala o Jacinto Grau con obras como *El señor de Pigmalión* (1921) o *La casa del Diablo* (1933), que describe un mundo tecnológico en el que los hombres son portadores de teléfonos móviles y otros artilugios que configuran una distopía pesimista, despreciable en sí misma, como recordaba recientemente el profesor Julio Enrique Checa en su estudio “La ciencia ficción y la dramaturgia española contemporánea” (*Ínsula*, 65, 765, 17-20).

La dramaturgia española de ciencia ficción se ha visualizado mucho más a partir de los años 80, con montajes de *La Fura dels Baus* o *Els Joglars*, pero también *Sexpeare*. Y, recientemente, hay autores que la abordan como Victoria Spunzberg en *La máquina de hablar* (2007), Álvaro Lizarrondo en *Milonga de la enzima dorada* (2010) y Lola Blasco en *Oración por un caballo* (2010).

Elipses puede ser definida como una “novela de ciencia ficción dramática” en cinco partes, que a algunos les puede hacer recordar *Juego de tronos*, si bien desde el ámbito de civilizaciones más desarrolladas y en una línea más orwelliana. En ella plantea Morón algunas de las grandes ideas que nacen del desarrollo científico y sus límites en la ética (la bioética) y la especulación en torno a esas civilizaciones futuras en un paisaje cibernético donde todo tipo de creaciones y experimentos científicos se dan cita.

La temática es suficientemente actual y controvertida para profundizar en ella con rigor y dejar que el espectador continuamente se plantee su lugar en el mundo y el desarrollo de la ciencia. ¿Se puede alcanzar la felicidad con la ciencia? Es una de las grandes preguntas que se plantea *ab initio* el escritor granadino. ¿Qué consecuencias conlleva esta? ¿Se puede imponer la felicidad desde el poder? ¿Adónde nos puede conducir el desarrollo científico descontrolado? ¿Es el ser humano el verdadero problema? ¿Existe un momento determinado en el transcurso de ese desarrollo científico en el que la creación, la obra, se revuelve contra el creador como en el *Frankenstein* de Marie Shelley? ¿La máquina dominará a su creador? Estas máquinas más inteligentes que el ser humano ya están aquí. No son ciencia-ficción. Desde el punto de vista de esa narración especulativa que aborda Morón, ¿socialmente se podría llegar a una sociedad manipulada genéticamente y a crear seres humanos acordes con la teoría de los tres tercios: dos son felices y uno trabaja para los demás?

Desde luego libros como *Un mundo feliz* de Huxley o películas como *Blade Runner* de Scott están muy presentes como memoria previa. ¿Hasta dónde se debe llegar? ¿Cuáles son los límites: el concepto de humanidad como ahora lo conocemos? Y, en este proceso, ¿hacia dónde se dirige el poder y hacia dónde el ciudadano y la toma de decisiones? ¿Dónde está nuestra libertad y la capacidad para decidir? Está claro que estamos en una coyuntura tal en la que quien detente el poder podrá gobernar el futuro y, probablemente, esa humanidad nueva y diferenciada, acaso acosada y prisionera.

Morón en *Elipses* crea esa gran alegoría de la humanidad frente a frente, a su propio espejo, a su propio cuerpo, a su propio pensamiento. En ese escenario, la obra plantea una relación de poder entre dos grandes fuerzas contrapuestas: los que creen en la trascendencia de ese desarrollo científico y los que apuestan por aislar o exterminar a los científicos.

A lo largo de esas cinco obras existe ese hilo conductor que nos recuerda la línea argumental de muchas historias a lo largo de la humanidad: la lucha entre las fuerzas del bien y del mal: el gobierno legítimo de Pris Talai y el dictatorial de Tartessus. Ambos con sus argumentos a favor o en contra en

los que desde luego no entra Morón y aspira a que lo haga el propio espectador.

En esta vorágine en la que unos van destruyendo a otros está presente el concepto de poder y el de libertad como dos polos que se ejercen de consuno o no. Pero sobre todo el poder que está en la sombra y que hoy día es percibido por el ciudadano como algo que produce terror porque se sabe que existe pero no se conoce porque no se puede identificar con nada ni nadie en concreto. Por eso dirá Morón a través de Shaila Leo a Pris Talia: “Usted solo es la cabeza visible de una estructura de poder que está sustentada por gente mucho más poderosa que usted y a quien usted ni siquiera conoce” (p. 33).

El argumento de *Elipses* es complejo porque son cinco las historias encadenadas (“Sonata para tres voces”, “Huida hacia el timbre del eco”, “La equis lírica”, “Deserta Lux” y “La música y el átomo”) y en cada una se desarrolla su propio proceso constructivo, sin embargo, podemos decir lo siguiente: se produce un ataque al gobierno legítimo representado por la presidenta Pris Talai que cree en la ciencia como hacedora bondadosa, pero que ha impedido crear a los antrofinas (un gueto sometido al Cáncer 2), víctimas de esa sociedad “feliz”. La guerra lleva al poder a Tartessus (“se mitificó a sí mismo hasta ser considerado como un dios”) y la absoluta dictadura tanto como la huida de Pris Talia y sus seguidores al Planeta Luna Nueva Próximus.

Se impone la reclusión de los científicos y se apuesta por un control ideológico de la sociedad y en la reescritura de la memoria histórica. Al mismo tiempo aparece como tótem la piedra Ligeriza, con su propiedad (elimina el sufrimiento a los seres humanos) pero en su seno también se halla el instrumento que en manos de unos u otros se puede convertir en un arma para destruir.

En la tercera entrega hay dos androides biogenéticos que introducirán una nueva visión y la búsqueda de la creación de la sociedad feliz y esa tendencia hacia la superación de la inteligencia humana. Son dos seres que habían sido creados en los laboratorios de Deserta Lux por los científicos antes de ser invadidos por Tartessus. Es aquí, en Deserta Lux, donde se desarrolla la cuarta entrega y conocemos hasta dónde había llevado el desarrollo científico: “Nació hace algunos años una generación de niños a quienes los científicos denominaron Próxima Generación O. PG0 (...) Querían experimentar acerca de la posibilidad de dominio total en el ser humano” (p. 126). Los límites entre lo real y lo irreal se hacen tenues y conviven proyectos de seres con otros, mientras surge con fuerza dramática la figura de Transdomaine, uno de los seres creados, que trata de engañar a Tartessus para dominarlo.

Todo el engaño se descubre y en la última entrega “De la música y el átomo” se resuelve el final de ese mundo, como no podía ser de otro modo, en la lucha entre los dos grandes grupos que han dominado la escena identificados con Tartessus y Pris Talai. En la final escena 9, tras una discusión entre ambos, dicen: “PRIS TALAI.- Haremos perecer el mundo,

entonces. TARTESSUS SNIS.- Haremos perecer al mundo, entonces. *Oscuridad total. Suena una música ensordecedora y extraña.*” (p 219).

Un final que aspira al silencio y la muerte y donde no asoma la esperanza en una obra cuyo desarrollo cientifista denota el buen número de lecturas de su autor y sobre todo la asunción de un nuevo mundo que está a la vuelta de la esquina, en ese despertar por ahora controlado de la ciencia.